

qué hermoso estarás!
y al verte en nuestras paneras
como el sol de Dios entrar,
mi esposa y mis hijos
¡cómo reirán!»

II.

Llega el labrador al campo
donde su esperanza está
y en vez de mieses doradas
halla abrojos nada mas,
que lluvias, vientos y nieblas
han malogrado su afan;
y torna á su casa el pobre

diciendo al tornar:
—Paneritas de mi alma,
ya vino el señor san Juan;
si vacías os encuentra,
vacías os dejará!

Y al veros vacías
de trigo candeal,
mi esposa y mis hijos,
¡cómo llorarán!»

35.

CORAZONES PARTIDOS.

I.

—Hazme bien, Mariquita,
trenzas y rizos
para que así resalten
bien mis hechizos,
que hoy mas que nunca quiero
ponerme hermosa.
—Está usted, señorita,
como una rosa;
pero puede saberse,
y usted perdone,
por qué mas que otros días

hoy se compone?
 — Porque Toribio y Lucas
 y Robustiano
 pretenden con ahinco
 mi blanca mano,
 y habiéndome pedido
 los tres audiencia,
 hoy mismo comparecen
 á mi presencia.
 — Cuando se habla de bodas
 yo me deleito!
 ¿Cuál de los litigantes
 ganará el pleito?
 — Hasta despues de oirlos
 mi opinion callo:
 segun sus confesiones
 será mi fallo.
 — No ande usted con melindres
 ni con parola:
 cásese usted, y luego
 ruede la bola.
 Hoy que los hombres quieren
 de mojjanga,
 encontrar un marido
 no es poca ganga!
 — Mas yo quiero en los hombres...
 — Qué, señorita?
 — Yo quiero..... que me quieran

á mí solita.
 Tales son si me caso
 mis condiciones,
 y si no las aceptan
 digo que nones,
 «pues corazon partido
 »yo no le quiero,
 »que cuando doy el mio
 »le doy entero.»

II.

— Qué tal, Ramona?

— Buena.

Y usted, Toribio?

— Malo; pero usted puede
 darme el alivio.

— Yo?

— Si.

— De qué manera?

— Cosa sencilla:
 se casa usted conmigo
 y ancha Castilla.

— Bien; pero hablemos antes
 de la materia,
 porque los casamientos

son cosa seria.
 Yo he de ser celosilla
 como un demonche.....
 —Ay Ramona! mal rayo
 de Dios me tronche
 si voy á picos pardos
 ni á picos negros
 así que á nuestros padres
 hagamos suegros.
 —Dígame usted, y demos
 fin al debate,
 ¿quiere usted á alguna otra?
 —Qué disparate!
 Juro á usted que en el mundo
 nada me peta
 sino usted y mis perros
 y mi escopeta.
 —Hola, con que á sus perros
 quiere usted mucho?
 pues seré en ese caso
 rival del chucho.
 Vaya, si está usted malo,
 caro Toribio,
 busque usted otro médico
 que le dé alivio.
 —Por los clavos de Cristo,
 no sea usted loca.....
 —No hay locura que valga.

—Mas.....
 —Punto en boca!
 «Corazones partidos
 »yo no los quiero,
 »que cuando doy el mio
 »le doy entero.»

III.

—(La conquisto con cuatro
 lisonjas cucas).
 Me da usted su permiso?.....
 —Pase usted, Lúcas.
 —Salve, hermosa Diana,
 lumbre febéa,
 envidia de la diosa
 de Citeréa.....
 —Por san Juan y san Pedro,
 somos paganos?
 Hable usted como se habla
 entre cristianos.
 —Pues bien, usaré símiles
 no menos lógicos,
 si á usted son antipáticos
 los mitológicos.
 La azucena, la rosa,

la clavellina,
 la.... nada falta en esa
 cara divina,
 pues no hay jardín que tantas
 flores encierre.....
 —Segun eso, mi cara
 será un *parterre!*.....
 —Es el eden, el cielo
 por que suspiro.....
 Ay, como no le alcance
 me pego un tiro.
 —El Señor nos asista!
 —Los cachorrillos
 traigo ya preparados
 en los bolsillos.
 y estas no son fanfarrias
 de un botarate.....
 —Pues á ver si evitamos
 que usted se mate!
 Con que usted solicita.....
 —Su mano blanca.
 —A dársela estoy pronta,
 que no soy manca;
 pero antes necesito
 que usted me diga
 si algun lazo con otra
 mujer le liga.
 — Ni nunca me ha ligado.

Solo las musas
 y usted han merecido
 mis garatusas.
 —Y su amor á las musas
 es muy de bulto?
 —Como que dia y noche
 les rindo culto.
 —No me atrevo con nueve
 competidoras,
 pues temo que me arañen
 esas señoras,
 «y un corazon partido
 »yo no le quiero,
 »que cuando doy el mio
 »le doy entero.»

IV.

— Señorita, que fosco
 se va don Lúcas!
 Emigra á las Orcadas
 ó á las Molucas,
 pues va diciendo: «Emigro,
 que es disparate
 suicidarse por una
 coqueta un vate.»

—Cállate, que ahí tenemos
á Robustiano.

—Señorita, ese es mozo
muy campechano.

Echele usted el guante,
pues los doblones
son moneda que alegra
los corazones.

—Mande usted á su esclavo,
bella Ramona.

—Es usted muy galante.

—Y usted muy mona.

Esas gracias admiran
hasta á los topos.....

—Me alegre, pero basta
ya de piropos

y vamos al asunto
de esta entrevista.

—Pues bien: yo soy un rico
capitalista.

Como tengo palacios
y oro y carrozas,

tengo veinte queridas
soberbias mozas;

mas quiero divertirme
de cuando en cuando

con una que no sea
de contrabando,

y he dicho: para eso
no la hay mas mona
ni mas *impermeable*
que la Ramona.

—Pues la Ramona, amigo,
segun las trazas
despide á usted cargado
de calabazas.

—Calabazas á un hombre
que nada en onzas!

Vaya que hay en el mundo
mujeres zonzas!

Pues qué es lo que usted quiere,
alma bendita?

—Yo quiero..... que me quieran
á mí solita.

—No dijera mas una
vieja vestiglo.

Esas son pretensiones
del otro siglo.

Yo estoy por los filósofos
epicuristas:

conquistas materiales
y mas conquistas.

Hoy el corazon parte
todo muchacho,

y así á cada muchacha
le toca un cacho.

— Pues si usted ha hecho el suyo
también partículas,
guárdele para damas
menos ridículas,
«que corazón partido
»yo no le quiero,
»pues cuando doy el mio
»le doy entero.»

36.

LA PRIMAVERA.

I.

Ya cantan los pajaritos,
ya viene la primavera,
ya el bosque se viste de hojas
y de flores las praderas.
Muchachas, mirad el cielo.
¡Qué azul y qué puro queda!
Azul, como vuestros ojos,
puro, cual vuestra conciencia.
Allá, muy léjos, muy léjos,
en la cumbre de la sierra,
se ve la nieve en montones

como rebaños de ovejas;
 mas, por el sol derretida,
 fecunda llanos y cuevas
 que de verdura se visten,
 que ya de flores se llenan.
 Pasaron cierzos y frios,
 pasaron lluvias y nieblas,
 pasaron nieves y escarchas
 y pasaron las tormentas.....
 «Alegraos, alegraos,
 »muchachas de la ribera!»

II.

Dios mio, tú das al hombre
 el gozo tras la tristeza,
 las rosas tras las espinas.....
 Dios mio, bendito seas!
 El sol de marzo es la vida
 del alma, en diciembre muerta.
 Déjame este sol, Dios mio,
 que me ahogan las tinieblas!
 Luz, flores, cantos de pájaros,
 cielo azul, auras serenas!...
 Esta es la vida, la vida
 y la gloria del poeta!

Muchachas de ojos azules,
 de dorada cabellera,
 de sonrosada mejilla,
 de tez como la azucena,
 condenad hoy al olvido
 las cotidianas faenas
 y al compás de mi guitarra
 bailad en esta arboleda.
 «Alegraos, alegraos,
 »muchachas de la ribera!»

III.

Vuestro pacífico lecho
 abandonando contentas,
 vendreis á estas soledades
 cuando á las aves parlaras
 el canto de la alborada
 oigais entonar en ellas.
 Aquí me hallareis soñando
 gloria y amor, que en la tierra
 no tiene otro afán mi alma
 ni mas ambicion me inquieta;
 y en tanto que orneis de flores
 vuestra rubia cabellera
 ú os mireis en estas fuentes

claras, tranquilas y frescas,
 os contaré mil historias
 de amor y ternura llenas,
 que es todo amor y ternura
 el corazón del poeta.
 Felicidades muy grandes
 estos campos nos reservan.....
 «Alegraos, alegraos,
 »muchachas de la ribera!»

IV.

Es tan espeso el ramaje
 de esta frondosa arboleda,
 que apenas por él los rayos
 ardientes del sol penetran.
 Pues aquí todos los días
 vendreis á dormir la siesta
 arrulladas por la fuente
 que susurra entre la yerba,
 perfumadas por las flores
 que tapizan la pradera;
 aquí todos los domingos
 con los mozos de la aldea
 bailando y cantando, alegres
 pasareis la tarde entera,

y luego, á vuestros hogares
 dareis cantando la vuelta
 por la orillita del río
 en cuyas ondas serenas
 brillan la luz de la luna
 y la luz de las estrellas.
 Llanuras y montes dicen
 que esa estación se halla cerca.
 «Alegraos, alegraos,
 »muchachas de la ribera!»

CON BUEN FIN.

I.

Salada, qué hermosa eres!
 Salada, por tí me muero!
 Tienes una cinturita
 que se abarca con dos dedos,
 tu mano y tu pié parecen
 de una niña en lo pequeños,
 es tu voz como la música
 que se oye en el coliseo;
 tus mejillas son dos rosas,
 tus ojos son dos luceros,
 tus labios unos claveles

y un copo de oro tu pelo.
 A solas contigo he estado
 y á pesar de tu salero,
 no te he tocado la ropa
 que no mando en ese cuerpo.
 Así debes conocer
 el buen fin con que te quiero,
 que estando á solas contigo
 y tú tan salada siendo...
 «ni el Padre Santo de Roma
 »hiciera lo que yo he hecho.»

II.

Quando cantaba una noche
 la media noche el sereno,
 debajo de tu ventana
 fui, niña, á tomar el fresco,
 que como te quiero tanto
 y tanto de tí me acuerdo,
 no me es posible pegar
 los ojos cuando me acuesto.
 Temiendo que me creyeran
 ladrón que estaba de acecho,
 me encaramé en tu ventana
 y me colé en tu aposento.

Dormida estabas y hermosa
 como un serafin del cielo,
 y como entraba la luna
 á verte, hermoso lucero,
 te ví de cintura arriba,
 sin sábanas ni embelecós,
 que era una noche de julio,
 cuando pasó lo que cuento.
 Estuve las horas muertas
 embelesado en tu sueño,
 y al empezar á esconderse
 las estrellitas del cielo,
 sin despertarte me fui
 por donde vine, diciendo:
 «Ni el Padre Santo de Roma
 »hiciera lo que yo he hecho.»

III.

Cuando mi sentir te dije
 junto á la Virgen del Puerto,
 me preguntaste: — Usted viene
 con buen fin? — Con buen fin vengo —
 te respondí, y yo no falto
 en mi vida á lo que ofrezco.
 No pienses, sol de los soles,

que tengo el alma de hielo:
 es que te di la palabra,
 y el día que nos casemos,
 como te parió tu madre
 así, amor mio, te quiero.
 Para ser algo en el mundo
 tengo que esperar un premio,
 y ¿qué seré si le alcanzo
 antes de llegar á serlo?
 Por eso como á una santa
 te respeté y te respeto,
 por eso pasé una noche
 junto á tu cama y..... por eso
 »ni el Padre Santo de Roma
 »hiciera lo que yo he hecho.»

IV.

Salada, qué hermosa eres!
 Salada, cuánto te quiero!
 Anda, ponte la mantilla
 y vamos á san Lorenzo.
 Mira, desde aquí á la iglesia
 y desde la iglesia al cielo.
 No te tengo preparado
 ningun palacio soberbio,

pero hay junto á la parroquia
 un taller de carpintero
 que tiene en letras doradas
 mi nombre en la muestra puesto,
 y encima del taller hay
 un cuarto en que viviremos
 como viven, amor mio,
 los ángeles en el cielo.
 Lozana rosa de mayo,
 por fin voy á ser tu dueño,
 y el mas feliz de los hombres
 este dia me contemplo,
 porque jamás tu pureza
 he manchado con mi aliento,
 porque queriéndote tanto
 y tú tan hermosa siendo,
 «ni el Padre Santo de Roma
 »hiciera lo que yo he hecho.»

38.

CARLOS EL DE LAVAPIÉS.

I.

Como es Cárlos tan sensible
 y es tan insensible Inés,
 él está muerto por ella
 y ella no hace caso de él.
 Muchachas hermosas tiene
 el barrio de Lavapiés,
 y á Cárlos, que es buen muchacho,
 pocas miran con desden;
 pero el pobre Cárlos dice
 que si no le quiere Inés,
 en el mundo las muchachas

están demás para él.
 Todos los días el pobre
 trabajando en su taller
 á cada instante se acuerda
 de su ingratitud cruel,
 y se le saltan las lágrimas
 sin poderlas contener.
 Sus compañeros se burlan
 cuando así llorar le ven,
 pero de sus burlas Carlos
 poco caso suele hacer
 pues por una mujer llora,
 y Carlos sabe muy bien
 «que no es delito en un hombre
 »llorar por una mujer.»

II.

— «Muchachos, dice el maestro,
 fuera cepillos, y á ver
 las novias!» Y alegremente
 abandonan en tropel
 oficiales y aprendices
 la herramienta y el taller.
 Mariquita espera á Antonio,
 Dolores espera á Andrés,

Juana á Pepe, Antonia á Paco,
 Rosa á Gil, Petra á Miguel;
 pero, ay Dios, al pobre Carlos,
 ¿quién le está esperando, quién?
 Ayer le dijo el maestro:
 — Desde primero de mes
 trabajarás de oficial,
 porque te portas muy bien;—
 mas no tiene el pobre Carlos,
 como otros, una mujer
 que por tan buena noticia
 un buen abrazo le dé!
 En lugar de consolarse,
 llora pensando en Inés;
 mas no se avergüenza de ello,
 pues Carlos sabe muy bien
 «que no es delito en un hombre
 »llorar por una mujer.»

III.

Va á casa por la guitarra,
 y encontrándose al volver
 con sus compañeros, todos
 con su guitarra también,
 un lazo color de rosa,
 en cada guitarra ve,

un lazo, regalo de una
 enamorada mujer!
 ¡ un lazo en cada guitarra,
 y la suya está sin él!.....
 ¡ Qué triste va el pobre Cárlos
 hácia la reja de Inés,
 y con qué acento tan triste
 canta de la reja al pié:
 «Asómate á esa ventana,
 lucero de Lavapiés,
 que mis ojos están tristes
 cuando los tuyos no ven.
 Yo soy un pobre artesano,
 y aunque no tengo bombé,
 tengo para tí, morena,
 un corazón de marqués.»
 Así cantó el pobre Cárlos,
 pero inútilmente fué,
 pues á escuchar sus cantares
 no salió á la reja Inés.
 Entonces..... calló un instante,
 pero volviendo á tañer,
 se alejó de allí cantando
 ó suspirando mas bien:
 «Llorad, mis ojos, llorad,
 »llorad, pues teneis por qué,
 »que no es delito en un hombre
 »llorar por una mujer.»

IV.

— Maestro, he caído quinto,
 y como hoy mismo tendré
 que entrar en caja, venia
 á despedirme de usted.

— Muchacho, que es lo que dices?
 No saldrás de mi taller,
 que los buenos artesanos
 están mal en un cuartel.

Toma y pon un sustituto,
 que ya hablaremos despues.
 — Mil gracias, señor maestro,
 pero.....

— Qué!

— No puede ser;
 me voy soldado.

— Muchacho,
 haz lo que te venga bien;
 pero á qué vas á la guerra?

— A morir por..... Isabel. —
 Y el pobre Cárlos entonces
 se despidió del taller,
 y al pasar junto á la reja
 de la desdenosa Inés

se le saltaron las lágrimas
sin poderlas contener.
No faltó un alma de hiena
que allí se burlára de él;
pero por Inés lloraba,
y sabía el pobre bien
«que no es delito en un hombre
»llorar por una mujer.»

v.

Como Cárlos no tenía
padre, ni madre, ni quien
le consolase al partir
para nunca mas volver,
estaba solo en su cuarto
pensando en la ingrata Inés,
y decia: — Entre morir
por una ingrata mujer
ó una reina agradecida,
por mi reina moriré,
que del que muere por ella
nunca se olvida Isabel.
Guitarra con que cien veces
junto á su reja canté
mi amor y mi desventura,

¡ tú debes morir tambien! —
E hizo astillas la guitarra
contra la dura pared!
Luego partió y los vecinos
no le volvieron á ver;
mas dicen que al alejarse
del barrio de Lavapiés
lloraba á lágrima viva,
y tampoco aquella vez
trató de ocultar sus lágrimas,
pues sabía el pobre bien
«que no es delito en un hombre
»llorar por una mujer.»

vi.

Plum, plum! Dios qué sarracina
se arma entre Mosen Benet
y las tropas de la reina!
Cuánta sangre va á correr!
Plurrúm!... Descargas cerradas!
La tropa se porta bien,
y eso que hay muchos reclutas
venidos de Leganés.
A ellos! viva la reina!
A ellos! viva Isabel!

¿Quién es ese buen recluta
 que con tal intrepidez
 anima á sus compañeros
 con el decir y el hacer?
 Es Carlos el madrileño,
 Carlos el de Lavapiés!
 Ira de Dios, qué valiente!
 Quiere morir ó vencer!
 Pero ay! le ha herido una bala!
 ¡maldita de Dios amen!
 Pobre recluta, ha espirado
 dando vivas á Isabel,
 y ha derramado dos lágrimas
 su último aliento al perder;
 pero esas lágrimas tristes,
 ¿por quién han sido, por quién?
 Fueron por Inés? No importa
 aunque fueran por Inés,
 «que no es delito en un hombre
 «llorar por una mujer.»

39.

MELANCOLIA.

Ya en la empinada cumbre
 del Guadarrama,
 no dan nieves y brumas
 tristeza al alma,
 ya están las nubes
 sonrosadas ahora,
 despues azules.

Ya están las arboledas
 vestidas de hoja,
 ya en árboles y prados
 las flores brotan,

ya están de venta
en Santa Cruz á cargas
las azucenas.

Ya bailan á la orilla
del Manzanares
muchachas y muchachos
todas las tardes,
ya se alborotan
en la Virgen del Puerto
Pravia y Piloña.

Ya los calenturientos
van los domingos
á beber en la fuente
de san Isidro,
ya á la Montaña
van los que para amarse
no buscan ramas.

Ya abundan en misterio
dulce y tranquilo
la Fuente Castellana
y el Buen Retiro,
y á su espesura
van los que para amarse
las ramas buscan.

Cárlos! todo se anima,
todo se alegra,
todo florece, todo
feliz se muestra

y al mismo tiempo
yo.... ¡de melancolía
me estoy muriendo!

Cárlos, no me preguntes
por qué estoy triste,
pues no lo sé, pues solo
puedo decirte
que há muchos días
«nada me aflige y tengo
»melancolía!»

II.

Cárlos! tú que adivinas
mis pensamientos,
tú que sientes acaso
lo que yo siento,
ve si penetras
la misteriosa causa
de mi tristeza.

Un tiempo íbamos juntos
mañana y tarde
de montaña en montaña,
de valle en valle,
y eran entonces
tantas mis alegrías

como las flores.

Pero hoy, cielos azules
sol refulgente,
arboledas floridas,
cantos alegres,
serenas auras
languidez y tristeza
dan á mi alma.

Y en mi corazón, antes
siempre tranquilo,
hay ahora un deseo,
hay un vacío,
hay un perpetuo,
misterioso, inefable
desasosiego.

Almas como la mía,
¿qué sensaciones
pueden echar de menos
entre las flores?

— Únicamente
el amor es la que echan
de menos siempre.

— El amor! Ya comprendo
por qué mi alma,
se hallaba un tiempo alegre
y hoy triste se halla,
por qué las flores
que alegre me pusieron

triste me ponen!

Falta el amor al alma
que vive amando,
y por eso está inquieta,
por eso, Carlos,
há muchos días
«nada me aflige y tengo
»melancolía!»